







LA CASA EN LLAMAS

CHAI EDITORA



Ann Beattie

LA CASA
EN LLAMAS

Traducción de VIRGINIA HIGA

Colección dirigida por FEDERICO FALCO

Beattie, Ann

La casa en llamas
/ Ann Beattie

1a ed.- Ciudad Autónoma de
Buenos Aires
Chai Editora, 2022.

248 p. ; 21 x 14 cm. - (Colección
Cuentos / Federico Falco)

1. Literatura.
2. Narrativa Estadounidense.
I. Higa, Virginia, trad. II. Título.
CDD 813

Austria 1840 depto V.
(C1425EGD)
Ciudad de Buenos Aires,
Argentina
www.chaieditora.com

Título original
The New Yorker Stories

© Del texto, Ann Beattie, 2010

© De esta edición, Chai Editora, 2022

© De la traducción, Virginia Higa, 2022

Diseño de tapa
Ese Estudio

Foto de tapa
Santo Bubis

Diseño del interior
Gonzalo Segura

Diseño de identidad, web y colección:
Lamas Burgariotti

Primera edición
Junio de 2022
Primera reimpresión
Agosto de 2022
Segunda reimpresión:
Mayo de 2023

ISBN: 978-987-48567-0-8

Hecho el depósito que marca la ley 11.273



Secretos y sorpresas

Corinne y Lenny están sentados descalzos a un costado de la entrada para autos. Corinne está enojada porque Lenny se sentó sobre una mata de frutillas.

—¡Levántate, Lenny! ¡Mira lo que has hecho!

Lenny es uno de mis amigos más antiguos. Fui a la secundaria con Lenny, Corinne y la primera esposa de él, Lucy, que era mi mejor amiga. En ese entonces Lenny no conocía a Corinne. La conoció muchos años después, en una fiesta. Corinne se acordaba de Lenny de la secundaria; él no se acordaba de ella. Al año siguiente, después de que se concretara su divorcio con Lucy, se casaron. Dos años más tarde nació su hija y yo fui la madrina. Lenny bromea diciendo que su vida habría sido muy diferente si solo le hubiera presentado antes a Corinne. Yo la conocí porque era la hermana de mi novio. Era unos años mayor que nosotros y solía recogernos si nos emborrachamos en una fiesta y comprarnos café antes de llevarnos a casa.

Una vez Corinne le mintió a mi madre cuando me llevó a casa en ese estado, le dijo que la gripe estaba por todas partes y que yo había estornudado en el auto todo el camino a casa.

En la secundaria yo era fea. Usaba aparatos y todo me parecía gracioso e inapropiado: las estaciones del año, las personalidades televisivas, la última moda... incluso la música me parecía tonta. Tocaba el piano, pero por algún motivo dejé de tocar a Brahms e incluso de escucharlo. Solo tocaba algunas piezas, las mismas, una y otra vez: un par de invenciones a dos voces de Bach, un nocturno de Chopin.

Fumaba cigarrillos con actitud seria, y durante toda una primavera albergué un amor secreto por Lenny. Una vez le confesé el amor que sentía por él en una nota que deslicé por la rendija de su casillero en la escuela. Luego me entró miedo y esperé ahí hasta que terminó la última hora de clase, le di charla un rato y cuando abrió su casillero, agarré la nota y salí corriendo.

Eso fue hace quince años.

Yo vivía en la ciudad, pero hace cinco años mi marido y yo nos mudamos aquí, a Woodbridge. Mi marido se ha ido, así que ahora la casa es solo mía. Es mía la entrada junto a la cual están sentados Lenny y Corinne. El camino necesita un arreglo con urgencia. Hay agujeros que llenar y el caño del desagüe está rajado. Hay varias cosas aquí que necesitan arreglos. No me gusta hablar con el dueño, el Coronel Albright. Todos los meses extravía el cheque del alquiler que le envío y me llama desde el hogar de ancianos donde vive para pedirme otro. El hombre tiene ochenta y cuatro años. Lo considero un viejo personaje curioso, un anciano olvidadizo. Sospecho que me persigue. No quiere alquilarle su casa a una persona joven. O a ninguna otra persona. Cuando nos mudamos, encontramos algunas fundas de ropa vacías colgadas en los roperos, con viejos talones de recibo de la tintorería abrochados al plástico: "Col. Albright, 9-8-54." Me quedé mirando el recibo. Yo tenía once años el día en que el Coronel Albright recogió su ropa de la tintorería. Encontré una de sus corbatas anudada en la base de una lámpara en un ropero de la planta alta.

—¿Usted quiere esas cosas? —le pregunté por teléfono.

—Tíralas, no me importa—dijo—, pero no me preguntes por ellas.

Tampoco le cuento sobre las cosas que necesitan arreglos. Hay uno de los baños que dejo cerrado en invierno porque las baldosas están partidas y entra aire frío por el piso; la estufa de mi habitación no se puede poner a más de quince grados, así que subo la del salón a veintitrés, para compensar. Corinne y Lenny piensan que es gracioso. Corinne dice que no quiero pelear con el dueño porque ya tuve

demasiadas peleas con mi marido acerca de su amante y ahora quiero disfrutar de la paz; Lenny dice que soy demasiado amable. Lo cierto es que el coronel Albright me grita por teléfono, y yo le tengo miedo. Además es viejo y está triste, y yo lo desplacé de su propia casa. Este verano, un amigo lo trajo dos veces en coche desde el hogar de ancianos y él caminó por el jardín de adelante golpeando a los macizos con el bastón, entre los racimos de arvejillas que estrangulan a las margaritas y a las azaleas, y limpió con un pañuelo blanco el polen del reloj de sol de la parte de atrás.

Casi todos los fines de semana, Corinne intenta que yo deje Woodbridge y me mude otra vez a Nueva York. Me da miedo la ciudad. En el departamento de West End Avenue en el que vivía con mi marido cuando éramos recién casados, siempre estaba asustada. Había un pájaro en el departamento contiguo que chillaba: “¡No, no, lárgate!” Por la noche yo siempre lo confundía con una voz humana y en mi confusión somnolienta pensaba que me estaba quejando de algún intruso en nuestro departamento. Una vez, en la lavandería, una mujer que estaba a punto de desmayarse por el calor se agarró de mi brazo y me tiró al piso con ella. Eso podría haber pasado en cualquier parte. Pasó en Nueva York. No voy a volver.

“¡*Balducci's!*” me susurra a veces Corinne, y mueve el brazo por el aire para evocar escaparates llenos de exquisiteces. Yo imagino latas de anchoas, hormas de queso brie, enormes castañas de cajú, hojas verdes exóticas. Pero entonces oigo voces que murmuran al otro lado de la puerta y complotan para tirarla abajo, y música rabiosa, salvaje, muy tarde a la noche, la clase de música que escucha la gente perturbada e infeliz.

Ahora Corinne le da la mano a Lenny. Yo estoy echada de costado y espío a través del tejido de la hamaca; ellos no me ven. Ella se inclina para tomar una frutilla. Él se rasca la entrepierna. Se aburren aquí, pienso.

Cada fin de semana manejan dos horas hasta aquí para fingir que se preocupan por mi bienestar. Tal vez piensen de verdad que vivir en el campo es más atemorizante que vivir en la ciudad.

—Mandaste a tu perro a vivir al campo, Corinne— le dije una vez—. ¿Cómo puede preocuparte que un ser humano quiera vivir en un lugar donde hay sitio para estirarse?

—¿Pero qué haces aquí totalmente sola? —dijo.

Hago un montón de cosas. Toco Bach y Chopin en un gran piano que me compró mi marido con los ahorros de un año. Cultivo vegetales, corto el césped. Cuando vienen Lenny y Corinne a pasar el fin de semana, los espío. Ahora él se rasca el hombro. Le dice a Corinne que se acerque. Creo que le pide que se fije si lo acaba de picar un mosquito.

El año pasado, cuando mi marido se fue de vacaciones sin mí, fui manejando desde Connecticut hasta Washington D.C. para visitar a mis padres. Viven en la casa donde crecí. Las mantas de crochet se han puesto amarillas y las cortinas de las habitaciones son las mismas de siempre. Pero en el salón hay una gran silla negra de plástico para mi padre, y una gran silla marrón de plástico para mi madre. Mi hermano Raleigh, que es retrasado, vive con ellos. Tiene un amigo, Ed, que también es retrasado y los visita una vez por semana. Y Raleigh visita a Ed una vez por semana. A veces mi madre o la madre de Ed los lleva al zoológico. A menudo, lo que dice Raleigh tiene más sentido de lo que sospechábamos en un principio. Le tiene mucho cariño a Ling-Ling, el panda, por ejemplo. No es que estuviera imitando la campanita que toca el vendedor de helados Good Humor cuando recorre el barrio, como insistía mi padre. Mi padre nunca ha podido entender muy bien a Raleigh. Mi madre se ríe de él por su falta de comprensión. Es una mujer amargada. Los últimos diez años ha obligado a mi padre a seguir una dieta en casa, y él no tiene sobrepeso.

Cuando fui de visita llevé a Raleigh a Hains Point y miramos el agua y las luces. A pesar de ser retrasado da la impresión de que las cosas lo conmueven mucho. Bajó la ventanilla y dejó que el viento le

soplara en la cara. Yo bajé la velocidad hasta casi detenerme y él puso su mano sobre la mía, como un amante. Quería que detuviera el coche por completo para poder mirar las luces. Lo dejé mirar un rato largo. De camino a casa manejé por el puente hasta Arlington y lo llevé a Gifford a tomar helado. Pidió un banana split, y yo hice como que no me daba cuenta cuando se comió la cobertura con los dedos. Luego le limpié los dedos con una servilleta humedecida en un vaso de agua.

Un día lo encontré en el baño con Daisy, la perra: la peinaba buscando garrapatas. Había seis o siete garrapatas en el inodoro. Estaba tan concentrado que nunca levantó la vista. Ahí de pie me di cuenta de que tenía un pequeño punto calvo en la parte de arriba de la cabeza, y que el pelaje de Daisy estaba manchado de gris. Estiré el brazo por encima de él y saqué las aspirinas del botiquín. Más tarde, cuando volví al baño y vi que Raleigh y Daisy se habían ido, tiré la cadena para que mis padres no se enfadaran. A veces Raleigh tira pedazos de papel en el inodoro en vez de en el cesto de basura, y mi madre enloquece. A veces hay medias en el inodoro. Monedas. Caramelos.

Me quedé dos semanas. Los lunes, antes de que llegara su amigo Ed, Raleigh se iba del salón hasta que abrían la puerta y actuaba sorprendido de ver a Ed y a su madre. Cuando lo llevé a casa de Ed, él hizo lo mismo. Al principio, Ed sostenía un periódico frente a la cara. “Oh... hola”, dijo al fin. Hace casi treinta años que son amigos, y durante todo ese tiempo la rutina de la visita siempre ha sido igual. Creo que al simular sorpresa tratan de aumentar la calidad de la experiencia. Yo hago ese tipo de jueguitos cuando me encuentro con Corinne para almorzar en la ciudad. Si llego primero a la mesa, estudio el menú hasta tenerla casi enfrente; a veces, si estoy esperando afuera, miro deliberadamente la acera como perdida en mis pensamientos hasta que ella dice algo.

Durante el segundo año de mi matrimonio traje a Raleigh a vivir conmigo y mi marido. No funcionó. Mi marido encontró sus medias en el inodoro; Raleigh extrañaba las quejas constantes de mi madre. Cuando lo llevé de vuelta a casa no parecía triste. Hay algo reconfortante

en esa casa: el olor del alcanfor en el botiquín de metal, las alfombras tejidas de mi abuela, el olor de Daisy por doquier.

Mi marido me escribió la semana pasada: “¿Extrañas a este ser maravilloso?” Le escribí diciendo que sí. No hubo respuesta.

Corinne y Lenny siempre han venido a Woodbridge de visita. Cuando mi marido estaba aquí venían una vez por mes. Ahora vienen casi todas las semanas. A veces no tenemos mucho que decirnos, así que hablamos de los viejos tiempos. Corinne se burla de Lenny por no haberle prestado atención en la secundaria. Nuestros encuentros suelen ser aburridos, pero aun así espero su llegada porque son mi familia sustituta. Como en todas las familias, hay secretos. Hay intriga. Sospecha. Lenny a veces me llama pidiéndome que guarde el secreto, y me dice que llame a Corinne de inmediato para ir a almorzar porque está deprimida. Así que la llamo, voy y me siento en una mesa y hago de cuenta que no la veo hasta que se sienta. Ha envejecido mucho desde la muerte de su hija. Su nombre era Karen y murió hace tres años de leucemia. Después de la muerte de Karen empecé a almorzar con Corinne para hablar de eso lejos de Lenny. Cuando ella ya no tenía necesidad de hablarlo, mi marido me dejó y Corinne empezó a almorzar conmigo para darme ánimos. Nos hemos sentado una frente a la otra, mesa mediante, durante años. (Sé que Corinne le pide a Lenny que me visite incluso cuando ella tiene que trabajar los fines de semana. Él ha venido solo algunas veces. Me trae algunos chocolates Godiva. Yo le doy una bolsa de arvejas frescas. A veces me besa, pero no pasa de ahí. Corinne piensa que sí, y lo tolera).

Una vez Corinne dijo que si todos vivíamos hasta los cincuenta (trabaja para una agencia estatal de protección del medio ambiente, y sus ambiciones son modestas), deberíamos tener una sesión de honestidad como hacían las chicas en la universidad. Lenny preguntó por qué teníamos que esperar hasta tener cincuenta.

—Ok. ¿Qué piensas realmente de mí? —le preguntó Corinne.

—Pues, te amo. Eres mi esposa —dijo él. Ella se arrepintió; el juego no iba a ser muy divertido.

Lucy, la primera mujer de Lenny, ha venido dos veces en tren a visitarme. Nos sentamos en el pasto y hablamos de los viejos tiempos: nos burlamos de nuestros peinados; vemos álbumes de fotos de las dos en las que cada una trata de verse más grotesca que la otra; recordamos la primera vez que le dimos una pitada a un cigarrillo en una cita doble. A medida que pasa el tiempo ella me agrada cada vez menos, porque las cosas que recuerda de aquella época son ciertas pero el tono de asombro en su voz hace que el pasado parezca una mentira. Y entonces lleva la conversación hacia el matrimonio de Corinne y Lenny. ¿Es un matrimonio infeliz? Las dos veces que vino dijo que volvería a Nueva York en el último tren, y las dos veces se emborrachó tanto que no pudo irse hasta el día siguiente. Tomó prestados mis camisones y se bebió mi gin y tocó música triste en mi piano. En nuestro anuario de la secundaria, Lucy fue nombrada la mejor bailarina.

Tengo un amante. Viene los jueves. Vendría con más frecuencia pero yo no se lo permito. Jonathan tiene veintiún años y yo treinta y tres, y sé que tarde o temprano se irá. También es músico. Viene por la mañana y nos sentamos uno al lado del otro en el piano, tarareamos y tocamos el preludio en si bemol menor de Bach, prolongando lo más posible el momento antes de irnos a la cama. Él bebe gaseosa dietética y yo gin tonic. Me cuenta de las chicas que lo persiguen. Dice que él solo me quiere a mí. Cada jueves me pide que me case con él y me llama los viernes para rogarme que lo deje volver antes de que termine la semana. Me manda peras fuera de estación y otras cosas que no puede pagar. Me muestra cartas de sus padres que lo fastidian; yo suelo sentir afinidad con los padres. Le insisto para que pase más tiempo leyendo partituras y tocando escalas y arpeggios. A una mujer rica que lo andaba persiguiendo desde Navidad le permitió que le comprara un reproductor de

cassettes para el auto, y no escucha nada más que rock 'n' roll . A veces lloro, pero no delante de él. Ya está lo suficientemente perturbado. No está seguro de lo que quiere hacer con su vida, no se puede comunicar con sus padres, demasiadas personas quieren cosas de él. Una noche me llamó y me preguntó si podía venir a casa si se disfrazaba.

—No —dije—, ¿cómo te disfrazarías?

—Me cortaría el pelo. Compraría un traje. Me pondría una máscara de animal.

Yo le exijo poco, pero es obvio que la relación es un esfuerzo.

Cuando Corinne y Lenny se van, le escribo una segunda carta a mi marido, haciendo de cuenta que hay una posibilidad de que no haya recibido la anterior. En esta carta le doy detalles del fin de semana y concuerdo con lo que dijo hace un tiempo acerca de que Corinne habla demasiado y Lenny es demasiado humilde. Le cuento a mi marido que la manija de la parrilla ya no hace subir y bajar la bandeja. Le cuento que la perra del vecino está en celo y que los perros aúllan toda la noche, así que no puedo dormir. Vuelvo a leer la carta y la rompo, porque todas esas cosas están desordenadas en un solo párrafo. Es como si la hubiese escrito una persona loca. Vuelvo a intentarlo. En un párrafo describo la visita de Corinne y Lenny. En otro, le cuento que su madre me llamó para contarme que su hermana decidió seguir Antropología. En el último párrafo le pido consejo sobre el auto: si necesita o no un nuevo carburador. Leo la carta y sigue pareciendo escrita por una loca. Una carta así nunca lo hará volver. La tiro y escribo una postal corta, graciosa. Salgo a dejar la postal en el buzón. Un perro grande y blanco lloriquea corriendo delante de mí. Lo reconozco. Es el mismo que vi anoche, desde la ventana de mi habitación; el perro miraba fijo la casa del vecino. El perro pasa corriendo a mi lado una vez más, pero no viene cuando lo llamo. Creo que los vecinos me dijeron una vez que se llama Pierre, y que no vive en Woodbridge.

Cuando era niña me castigaron por cepillar a Raleigh con el cepillo del perro. Él me lo había pedido. Era Pascua, tenía puesto un traje azul y vino a mi dormitorio con el cepillo del perro y se puso en cuatro patas y pidió que lo cepillara. Yo le cepillé la espalda. Mi padre nos vio y golpeó el puño contra la puerta.

—¡Por Dios! ¿Están los dos locos? —dijo.

Ahora que mi marido se ha ido, debería traer a Raleigh a vivir aquí... pero, ¿y si mi marido vuelve? Recuerdo a Raleigh trotando por el salón, dando puñetazos en el aire, cantando “Ling-Ling, Ling-Ling, Ling-Ling.”

Toco el Étude de Scriabin en do sostenido menor. Me equivoco y me detengo a mirar las teclas. Como si la música le hubiera dado el pie, entra un auto por el camino. El sonido de un silenciador en mal estado: el auto de mi amante, sin lugar a dudas. Ha venido un día antes. Me estremezco, desearía haberme lavado el pelo. Mi marido también se estremecía cuando ese auto entraba por el camino. Mi amante (en aquel momento no lo era) tenía diecinueve años cuando empezó a venir a tomar clases de piano. Estaba claro que tenía más talento que yo. Por mucho tiempo estuve resentida con él. Ahora me da rabia su impetuosidad, por presentarse de modo inesperado, por romper mi rutina, por sorprenderme cuando estoy fea.

—Esto es absurdo —le digo—, me estoy yendo a la ciudad a almorzar.

—Mi auto pierde aceite —dice él, mirando por encima del hombro.

—¿Por qué has venido? —le digo.

—Esto de una vez por semana es ridículo. Cuando me tengas por aquí un poco más seguido te acostumbrarás.

—No quiero tenerte por aquí más seguido.

—Te tengo una sorpresa —dice— dos, en realidad.

—¿Qué es?

—Para más tarde. Te contaré cuando vuelvas. ¿Me puedo quedar aquí y esperarte?

Lleva anudado a la cintura un suéter color bermellón que le regalé para su cumpleaños. Se sienta frente al hogar y raspa un fósforo en los ladrillos. Enciende un cigarrillo.

—Bueno —dice—una de las sorpresas es que me voy por tres meses. A partir de noviembre.

—¿A dónde vas?

—A Europa. ¿Sabes la banda con la que he estado tocando de vez en cuando? Uno de los muchachos tiene hepatitis y voy a reemplazarlo en los sintetizadores. Su agente nos consiguió una fecha en Dinamarca.

—¿Qué hay de los estudios?

—Ya basta de estudios —dice, con un suspiro.

Arroja el cigarrillo a la chimenea, se para y se quita el suéter.

Ya no tengo ganas de ir a almorzar. Ya no lamento que haya venido sin avisar.

Pero él no se abalanza sobre mí.

—Voy a investigar esa pérdida de aceite —dice.

Más tarde, mientras voy manejando a Nueva York tratando de adivinar cuál podrá ser la segunda sorpresa (¿se llevará a una mujer?), pienso en la vez que mi marido me sorprendió con una torta de seis pisos que había preparado para mi cumpleaños. Era la primera torta que hacía en la vida, y las capas no estaban del todo frías cuando las apiló y las cubrió de crema. Un lado de la torta era mucho más alto que el otro. Había comprado una figurita de plástico de un esquiador para poner encima de la torta. El esquiador sostenía un palillo con un pedazo de papel pegado que decía “Feliz cumpleaños”.

—¡Nos vamos a Suiza! —dije, aplaudiendo. Él sabía que yo siempre había querido ir. No, me explicó: el esquiador era solo una coincidencia. Mi reacción nos deprimió a los dos. También fue una coincidencia que un año después yo caminara por la misma calle que él y lo viera de la mano con una chica.

Ya casi estoy en Nueva York. Los autos pasan silbando a mi lado en la autopista Hutchinson River. Hace siete meses que mi marido se fue.

Mientras espero a Corinne, me examino las manos. El trabajo en el jardín me las ha dejado cortadas y magulladas. En una foto que me tomó mi padre cuando yo era joven, mis manos están bien en foco pero las teclas del piano son una nube borrosa de blanco con manchas negras. Ya a los doce años supe que iba a ser concertista de piano.

Tanto mi padre como yo tenemos copias de esa foto y es probable que los dos tengamos los mismos pensamientos al verla: es una pena que yo haya abandonado la música casi por completo. Cuando vivía en Nueva York tenía que tocar bajito para no molestar a los vecinos. La música dejó de sonar bien. Podía pasar un día entero sin practicar. Mi padre culpó a mi marido por mi falta de interés. Mi marido le hizo caso a mi padre. Nos mudamos a Connecticut, donde no tendría distracciones. Empecé a practicar de nuevo pero sabía que había perdido terreno, o que nunca triunfaría como concertista de piano si no lo había hecho ya.

Traje a Raleigh a vivir con nosotros y me pasaba los días con él.

Mi padre culpó a mi madre por quejarse conmigo de la carga que significaba Raleigh, por insinuar que me lo llevara. Mi padre siempre encontró excusas. Yo soy como él. Hice de cuenta que todo estaba bien en mi matrimonio, que el único problema era la chica.

—Me parece insultante, de verdad —dice Corinne—. Es una negación de mi existencia. He estado casada con Lenny por años, y cuando Lucy lo llama y atiende yo, ella corta.

—No dejes que te afecte —le digo—. A esta altura ya sabes que Lucy no va a ser cordial contigo.

—Y a Lenny le molesta. Cada vez que ella llama para decir adónde se va de viaje, él se altera. No le importa adónde va, pero ya sabes cómo es Lenny y cómo es con los aviones... cómo se pone cuando alguien viaja en avión.

Estos almuerzos son todos iguales. Durante los almuerzos me disciplino como solía disciplinarme con la música. Trato de calmar a

Corinne, y ella se altera aún más. Solo le gustan los restaurantes caros, pero no se come la comida.

Ahora Corinne come un tomate cherry de su ensalada y aleja el plato.

—¿Crees que tendríamos que tener otro hijo? ¿Soy demasiado vieja?

—No sé —digo.

—Pienso que la mejor manera de tener chicos es la que encuentre tú. Hacer que vengan manejando. Seguro ahora mismo languidece en tu cama.

—Veintiún años no es exactamente un chico.

—Estoy tan celosa que me muero —dice Corinne.

—¿De Jonathan?

—De todo. Eres tres años más joven que yo y pareces tener diez años menos. Mira a esas mujeres flacas de ahí. Mírate a ti y a tu música. No tienes que matar las horas yendo a almorzar.

Corinne se quita una hebilla dorada del pelo y se la vuelve a poner.

—No vamos a tu casa casi todos los fines de semana para cuidarte —dice—. Lo hacemos para recuperarnos. Aunque Lenny probablemente lo haga para poder suspirar por ti.

—¿De qué estás hablando?

—¿No lo percibes? ¿No te parece cierto?

—No —digo.

—A Lucy sí. Se lo dijo a Lenny la última vez que llamó. Me contó que ella le dijo que se estaba poniendo en ridículo pasando tanto tiempo contigo. Cuando Lenny cortó, dijo que Lucy nunca entendió la noción de amistad. Claro que él siempre trata de hacer de cuenta que Lucy está totalmente loca.

Se quita la hebilla y deja caer su pelo suelto.

—Y yo estoy celosa de ella, con todos esos viajes de negocios, y esas postales de atardeceres que le envía desde la Costa Oeste —dice Corinne—. Esta vez se escapó a Denver con un peletero de poca monta.

Miro mi plato vacío y luego el plato de Corinne. Es como si un viento hubiese desparramado la comida por el suyo, o como si un ejército de gnomos hubiese marchado a través de él. No debería haber tomado dos tragos con el almuerzo. Me disculpo y voy hasta un teléfono para llamar a mi amante. Me siento aliviada cuando atiende el teléfono, aunque le he dicho que nunca lo haga.

—Ven a la ciudad —le digo—. Podemos ir al Central Park.

—Vuelve a casa —dice él—, vas a quedarte atascada en la hora pico.

Mi marido me envía una geoda. Hay una nota escueta en el paquete. Dice que antes de irse a Europa se sentó en una mesa junto a John Ehrlichman en un restaurante de Nuevo México. La nota habla de lo gordo que se puso. Mi marido dice que está seguro de que mis calabazas siguen creciendo vigorosas en el jardín. No hay remitente. Me quedo de pie junto al buzón, llorando. Desde el borde del césped, el gran perro blanco me observa.

Mi amante se sienta a mi lado en el taburete del piano. Los dos estamos desnudos. Es tarde por la noche, pero hemos encendido un fuego en la chimenea: cinco leños, mucho calor. Vino a cenar el guitarrista principal de la banda con la que toca Jonathan y tuve que preparar una comida sin carne. El amigo de Jonathan era joven y bobo; parecía mucho más joven que mi amante. No sé por qué quiso que lo invitara. Jonathan lleva aquí cuatro días seguidos. Cedí a su pedido y llamé a Lenny y le pedí que no me visitaran este fin de semana. Más tarde me llamó Corinne para decirme lo celosa que estaba, pensando en mí en la casa de campo con mi amante de pelo rizado.

Toco los valsos nobles y sentimentales de Ravel. De repente, mi amante interrumpe con *Chopsticks*. Es insufrible, y tan inmaduro como su amigo. ¿Por qué lo dejé quedarse en casa hasta que se vaya a Dinamarca?

—Basta —le ruego—, sé considerado.

Se pone a tocar “Somewhere Over the Rainbow” y empieza a cantar.
—Ya basta —le digo. Él me besa en el cuello.

Llega otra nota de mi marido, escrita en un papel del Hotel Eliseo. Se emborrachó y lo hirieron en una pelea; la nariz no dejaba de sangrarle y al final se la tuvieron que cauterizar.

En una semana, mi amante se irá. Me asusta la idea de quedarme sola aquí cuando se vaya. Justo ahora que me he acostumbrado a tener a alguien cerca. Cuando las tablas crujen por la noche puedo preguntar “¿qué es eso?” y que alguien me responda. Cuando era chica compartí el dormitorio con Raleigh hasta los siete años. Él me preguntaba por los ruidos toda la noche. “Es el monstruo”, le decía yo, fastidiada. Lo hice llorar tantas noches que mis padres construyeron una ampliación en la casa para que yo pudiera tener mi propia habitación.

En su foto del pasaporte, mi amante sonríe.

Llama Lenny. Está molesto porque Corinne quiere tener otro hijo y él piensa que son demasiado viejos. Me da a entender que le gustaría que esta semana los invitara a venir el viernes en lugar del sábado. Le explico que no pueden venir, que mi amante se va el lunes.

—No es mi intención ser entrometido —dice Lenny, pero nunca dice en qué se va a entrometer.

Tomo la nota de mi marido y la llevo al baño para volver a leerla. Fue una pelea callejera. Describe la ventana de una iglesia que vio. Hay un largo pelo castaño en el fondo del sobre. No puede ser a propósito.

Acostada de espaldas, sola en el dormitorio, miro el techo en la oscuridad y recuerdo la segunda sorpresa de mi amante: un frasco lleno de luciérnagas. Las soltó en la habitación. Minúsculos puntitos

verdes debajo del cielorraso, sobre la cama. Me reí sobre su hombro: qué locura, un cuarto lleno de luciérnagas.

—Solo viven un día —susurró.

—Esas son las mariposas —dije.

Siempre me sentí incómoda corrigiéndolo, como si eso remarcara nuestra diferencia de edad. Estaba segura de que tenía razón acerca de las luciérnagas pero por la mañana me alivió ver que seguían vivas. Las encontré sobre las cortinas, contra la ventana. Traté de volver a capturarlas en un frasco para poder llevarlas afuera y soltarlas. Traté de recordar cuántos puntos de luz había.

(1976)

